

Si pudiese hablar de ti - 3

Por Aurelio Romero Serrano

LA HIGUERA

De haber sabido entonces que le iban a pedir unos folios sobre esos años en los que ella ni existía, no se hubiera dejado llevar por la ira que a veces produce la amargura; la misma ira que la empujó a echar al cubo de la basura todas las fotos que tenía. Sólo se quedó con las recientes, en las que su marido aún lucía sus galas durante la boda de su hijo Pepe, el mediano, en ese parador de Baiona extendido hacia el mar como si fuese una vieira tumbada al sol y boca abajo.

Recordaba sin necesidad de tener fotos delante aquel día en que emparentó con la "mejor sangre azul de Galicia", como solía decir con cariño; la cena en panda de los Romero mayores y la noche de xiada en la terraza del apartamento de La Guardia. Todos bajo una manta, guiando con un dedo la mirada de su primer nieto, Carlitos, hacia aquella nube donde, según le contaban, vivía el mago Merlín gallego, en un trono de espuma sobre la ría.

Esa y pocas fotos más. Todas las demás, la de su padre en el bar del Casino con su hermano Francisco tras la barra, aquella de su padre en pijama en el muro del corral de la calle Morería... Todas las tiró y sus hijos solo recuperaron unas cuantas, aunque duda de si guardaron alguna anterior a su matrimonio. Tenerlas a mano ahora le hubiera ayudado a seguir el hilo de la historia para escribir esos folios. Sabía que era fácil tirar de periódicos o de libros para situar esa época, tan marcada por una sociedad dividida y tanta pobreza sin repartir.

Le hubiera gustado parecerse menos a su madre, al menos físicamente. El tiempo las había ido convirtiendo en una especie de vasos comunicantes en los que cada instante se reflejaba en la subida o bajada de la tensión y las emociones de un vaso a otro, de un cuerpo a otro. Estaba convencida de que, más allá de los genes, la naturaleza había querido que su madre y ella mantuviesen hasta el último minuto esa especial comunicación en la que todo se contaba sin necesidad de palabras; la mayoría de las veces, con una mirada como esa de la foto que no tenía pero recordaba y en la que su madre, ya mayor, aparecía sentada junto al muro de la higuera del patio, con sus dos hermanos pequeños y con una cría de pollo entre las manos, como si fuese un nido de algodón.

El patio de la calle Real vino muchos años después, tras deambular por tantos otros sitios y una vez que su padre encontró trabajo en el Casino. La abuela compró la casa y allí se fueron a vivir todos y allí nacieron los últimos hijos. Allí también llegó Francisco, el hijo encontrado en el pueblo. Esa foto hablaba tanto de ella, de su madre, que bastaba con mirarla para entender casi toda la vida que había detrás. Aquella mirada que recordaba dulce, protectora de todo y pese a todo, la tenía fresca, como de ayer, en ese flujo madre/hija que duró tantos años. Sí, le habría gustado ser menos parecida a ella ahora que de mayor se miraba en el espejo y los ojos vivos y las arrugas de alrededor las hacían tan iguales.

Una tristeza que pretendía engañar convirtiéndola en nostalgia de unos años que nunca fueron buenos, ni siquiera los de aquel día de la foto bajo la higuera. Hubiera dado todo el oro del mundo porque parte de la rabia que ella fue almacenando en su corazón le hubiera llegado en ocasiones a su madre. Que esa negación de sí misma frente al mundo que la rodeaba no hubiera existido y que, cuando se asomaba para lla-

mar la atención de los hijos ante cualquier juego peligroso, se hubiese dado cuenta de que esa sobreprotección tenía que haber ido, en parte, hacia ella misma.

Ahora que escribe sobre aquellos primeros años no tiene claro si su madre fue realmente así o reflejaba en ella su propio rechazo a cuanto le tocó vivir: la inseguridad, el hambre, el riesgo del contrabando para alimentarse. A veces, cuando lo comenta, le hace sonreír, como si hubiera sido una aventura de chiquillos, justo en aquella casa de maduros prematuros o de menores inmaduros. Siente que tiene pendiente una rencilla contra la historia que nunca pudo superar ni transformar en algo positivo y que seguía llevando ahí, donde le duele tan a menudo, en el costado izquierdo.

Tan hábil como había sido para mediar con los matrimonios cristianos de aquel movimiento, en el que se incluyó con tanto entusiasmo, y siempre le había costado zanjar esa deuda con su propia vida, la que le correspondió.

Aprendió que no podía dar por perdida una batalla antes de comenzarla, bajar los ojos y dar por bueno lo que viniese; ni que fuera razonable sentir cómo se le estremecía el cuerpo hasta las lágrimas cada vez que la tormenta llegaba en forma de discusión de un consigo mismo y a gritos para los demás. Le costaba asumir que tuvieran algún sentido las noches de su madre en aquella cueva, cuidando a la luz de una bombilla que la marrana recién parida no aplastase a ninguna cría, ese motivo tan simple de ganarse la vida. Por el contrario, saber que su madre dormía sentada allí abajo toda la noche y que ella, mientras, estaba estudiando, le hacía odiar aquel estado de cosas y no podía evitar que la cabeza de turco que pagase esa injusticia tuviese siempre la cara de su padre.

Echaba de menos aquellos lejanos años en que, casi sin darse cuenta, iba comenzando a recibir los primeros mensajes sobre cómo iba a ser el resto de su vida. Esa mirada de ella misma en la foto, junto a su padre en el muro del corral de la calle Morería, era una expresión de sorpresa ante un padre sonriente cuando la pobreza no desayunaba. No le era fácil entonces, y muchas veces después tampoco, comprender que en ese tiempo de barro no existe diferencia entre destino y calamidad y que poder sobrevivir cada noche valía aquella sonrisa de su padre en el corral.

Estaba convencida de que, más allá de los genes, la naturaleza había querido que su madre y ella mantuviesen hasta el último minuto esa especial comunicación en la que todo se contaba sin necesidad de palabras; la mayoría de las veces, con una mirada como esa de la foto

